

Un léxico desconocido del general Mitre

Heráldica-Numismática-Medallística

Señora Presidenta de la Academia Argentina de Letras,

Doctora Alicia María Zorrilla

Señoras y Señores Académicos:

La Academia Argentina de Letras, ámbito que ha reunido desde su fundación eminentes valores de la cultura nacional, me honra hoy incorporándome en su seno como Académico Correspondiente en la Provincia de Buenos Aires, distinción que agradezco profundamente.

En tan importante momento para mí y en el recinto de la Biblioteca “Jorge Luis Borges” aquí emplazada en 1947, no puedo sustraerme -aunque sea brevemente- de esbozar los buenos recuerdos que tengo de mi paso por esta prestigiosa institución en años de mi juventud.

Todo comenzó un dieciséis de marzo de 1956, cuando coincidí con mi llegada a la puerta de Sánchez de Bustamante 2663 con la hoy Académica Doctora Olga Fernández Latour de Botas, quien vivía las mismas circunstancias. En ese momento comenzó una amistad perdurable que fue consolidándose con los años. Recuerdo los viajes de investigación por el centro y noroeste del país, en compañía de la etnóloga doña Ana Biró de Stern; nuestros trabajos en el Departamento Técnico UNESCO y como becarios del Fondo Nacional de las Artes; la participación en congresos y mesas redondas y tantas otras actividades representando a la Academia, que sería tedioso mencionar en esta oportunidad.

Pero sí debo recordar que ambos ingresamos como investigadores al Instituto Nacional de Filología y Folklore, dependiente de esta corporación, donde trabajamos intensamente en materia lexicográfica y folklórica. Olga se retiró primero, en 1971, por incompatibilidad con cargo de mayor jerarquía en la modalidad Educación Artística. Yo lo hice pocos meses después, para ingresar al recientemente creado Departamento de Investigaciones Filológicas de la Academia, en el momento en que el Instituto pasó a la órbita del Ministerio de Educación de la Nación. Al cumplirse dieciocho años de mi permanencia en la Academia, años de

trabajo fundamentales para mi formación, renuncié al cargo para ingresar al Servicio Exterior de la Nación, donde permanecí hasta mi retiro.

No puedo dejar de evocar a los académicos a quienes más traté en esos años, plasmándose un vínculo amistoso que me unió a muchos de ellos.

Recuerdo con afecto a Ricardo Molinari, fino poeta que en los días de sesión generalmente primero tomaba café en mi oficina; a Rafael Alberto Arrieta, quien me invitó a su casa para ver sus primeras ediciones de viajeros ingleses como fuente historiográfica, sabiendo que este tema me apasionaba, viajeros de pies cansados al decir de Mujica Láinez, colección única que felizmente se conserva en esta biblioteca.

Manuel Mujica Láinez, a quien conocía de años anteriores por ser amigo de su hijo Diego, considerado uno de los más notables novelistas argentinos. Su recepción como académico colmó el hall del Palacio Errázuriz, siendo recibido con palabras elogiosas del Académico Leónidas de Vedia. Muchos años después, visitando a él y a su mujer Ana de Alvear en compañía de mis hijas en su propiedad de Cruz Chica, hoy museo, escribió a mi pedido en una hoja con membrete de la Academia, con su letra y su tinta tan peculiares su autoepitafio, el que dice:

Aquí yace Manuel Mujica Láinez.

Que Dios le perdone todo lo que él ya se perdonó.

Manuel Mujica Láinez

Esta pieza tan original, ingresó al recientemente creado Museo de la Academia Argentina de Letras.

Recuerdo a Pedro Miguel Obligado, el poeta de la melancolía, autor de *Gris* y *Los altares*, poeta representativo del intimismo, recibido también por Leónidas de Vedia, quien pronunció su discurso recipiendario de pie, en medio del estrado, sin leer, durante el cual recitó con voz cálida su famosa *Elegía a la muerte de las violetas*.

“Como si se muriesen por el ruido de estos tiempos absurdos,

ya no queda ni en las húmedas quintas una sola violeta.

Su perfume que casi no es perfume sino reminiscencia...”

Traté entre otros a Enrique Banchs, autor de *La urna*, *Las barcas* y *El cascabel del halcón*, considerado por Jorge Calvetti como “el más grande de nuestros poetas” y por Roberto Giusti “el poeta de la sencillez”. En nuestro Museo se exhibe su tintero con las iniciales EB, donado por quien habla.

No debo olvidar a Roberto F. Giusti, director de la revista *Nosotros*; al riojano Arturo Marasso, poeta y ensayista; Álvaro Melián Lafinur; Bernardo Canal Feijoo; José A. Oría, quien fuera presidente; Osvaldo Loudet; Mariano de Vedia y Mitre; Bernardo González Arrili, Secretario General; Francisco Luis Bernárdez; Fermín Estrella Gutiérrez, vicepresidente; Alfonso de Laferrère; Ángel J. Battistessa, quien presidió la Academia, profesor y crítico, al que Pedro Luis Barcia llamó “maestro en sus textos”. Battistessa dejó la traducción completa de la *Divina Comedia* y valiosos estudios en ediciones de *La Cautiva* y *El Matadero* de Esteban Echeverría y también del *Martín Fierro*, todas contribuciones fundamentales para el conocimiento de estas obras; Eduardo Mallea, narrador de prestigio, personaje tímido, director de la sección literaria de *La Nación*; Carlos Villafuerte, que dio a conocer en sus escritos publicados en *La Prensa*, los más interesantes detalles del folklore de Catamarca; Carmelo M. Bonet; Carlos Mastronardi; Giacomo Devoto, recibido por Battistessa y tantos otros más, hombres todos de gran valor en las letras argentinas. Por aquel entonces, Borges concurría a una sola sesión en el año, con el fin de cumplir con el reglamento. En ese medio, señoras y señores académicos, tuve el privilegio de formarme.

Finalizo esta breve evocación, con el recuerdo de un lexicógrafo olvidado. Me refiero a don Luis Alfonso, tucumano de nacimiento, doctor en Letras, quien durante muchos años fuera Secretario de esta institución por la que tanto hizo. A él se deben los *Acuerdos del Idioma*, como asesor de la Academia, cuando ésta tenía sede en el viejo edificio de la Biblioteca Nacional. Él mismo refería haber usado durante muchos años el escritorio que hiciera construir Paul Groussac, de forma semicircular, para poder trabajar cómodamente con las fichas.

En la Academia durante su desempeño como Secretario y Asesor Técnico construyó, amplió y acrecentó notablemente esta Biblioteca con compras y gestión de donaciones. Recuerdo que en forma reservada adquiría libros a don Arturo Marasso. A él se debe la creación del entonces

llamado Instituto Nacional de Filología y Folklore, luego Departamento de Investigaciones Filológicas. Lo estableció y lo equipó, a la par que incorporó nuevos investigadores, todos ellos universitarios. Organizó viajes de investigación de campo a las provincias de Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Córdoba, Santiago del Estero, La Rioja, Catamarca y Tucumán, de los que participé.

Don Luis Alfonso coordinó el Congreso de la Lengua que se reunió con éxito en Buenos Aires desde el 27 de julio hasta el 6 de agosto de 1960, con la concurrencia de personalidades venidas del extranjero. Se desempeñó durante catorce años -1965 a 1979- como Secretario General de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española con sede en Madrid, oficina que funcionaba en un local cedido por la Real Academia Española. Allí interactuaba con don Ramón Menéndez Pidal, Vicente García de Diego y Rafael Lapesa Melgar. Colaboré con él en las consultas que se presentaban en dicha oficina.

Después de esta sentida evocación, voy ahora al tema elegido: *Un léxico desconocido del general Mitre*.

Hijo de Ambrosio Mitre y de Josefa Martínez, vio la luz primera el 26 de junio de 1821 en Buenos Aires, en una propiedad ubicada en la esquina sudeste de las actuales Suipacha y Lavalle. Transcurrió su infancia en Carmen de Patagones y en un establecimiento de campo propiedad de Gervasio Rosas. Falleció el 19 de enero de 1906 en la casona virreinal que conocemos, hoy San Martín 336, donada por suscripción popular al dejar la presidencia en 1868. Había contraído matrimonio con doña Delfina de Vedia, con quien tuvo seis hijos.

Bibliófilo ilustrado, su Biblioteca Americana reunida durante medio siglo, constituye un verdadero tesoro bibliográfico, rica en obras americanas, al igual que el archivo aún no aprovechado en profundidad.

Polifacética y fecunda figura la de este ilustre americanista: Periodista en Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile; Historiador de la revolución argentina y de la emancipación americana; Biógrafo de San Martín y de Belgrano; Diplomático; Militar exitoso; Tribuno y orador destacado; Constitucionalista; Primer magistrado; Poeta; Traductor versado en los idiomas clásicos; Lingüista. Polemista brillante. Recuérdese las polémicas sostenidas con Dalmacio Vélez Sársfield en 1864 y con Vicente

Fidel López en 1881 y 1882. Fue Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española, designado en mérito de sus trabajos lingüísticos y literarios, e igualmente del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro, incorporándose a este último en calidad de Miembro Honorario el 1º de diciembre de 1871, siendo recibido con un conceptuoso discurso por el Senador Cándido Méndez. Su *Estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del Padre Luis de Valdivia, sobre el araucano y el allentiak, con un vocabulario razonado del allentiak*, aparecido en diciembre de 1894, no ha sido superado.

El nombre de este prestigioso polígrafo se encuentra entre los grandes hacedores de la nacionalidad. Ha quedado su obra incommovible, que nos muestra múltiples facetas de su rica personalidad. Voluntad y esfuerzo no comunes jalonaron su vida, que hicieron expresar a Groussac “Su vida es un alto ejemplo de conciencia y probidad, que proclama la nobleza superior de los más puros ideales”.

Félix F. Outes en un suplemento de *Caras y Caretas* publicado el 26 de junio de 1901, titulado “Mitre bibliófilo”, nos dice “hemos podido verle trabajando constantemente en una obra ímproba: el clasificar metódicamente la sección filológica de su biblioteca, pero no en la forma de un burdo catálogo, sino comentando cada obra en su contenido, bajo un triple aspecto, el histórico, el bibliográfico y el lingüístico”. Retirado a la vida privada, dedicó sus horas a estudios de lingüística y de numismática. Junto con Alejandro Rosa, ha sido el precursor de los estudios numismáticos en el país. Con justicia se lo recuerda como el “Padre de la Numismática”. Sólo Pedro de Ángelis había publicado un trabajo sobre numismática titulado *Explicación de un monetario del Río de la Plata*, impreso en Buenos Aires en la Imprenta del Estado en 1840, folleto considerado hito inicial de la bibliografía numismática argentina. De esta forma el polígrafo napolitano daba a conocer la lista de monedas y medallas que formaban su colección.

Con un grupo de estudiosos y coleccionistas amigos, entre ellos José Marcó del Pont, Ángel Justiniano Carranza, Alfredo Meabe, Enrique Peña y Alejandro Rosa, funda el 4 de junio de 1893 la Junta de Numismática Americana, la que en 1901 toma el nombre de Junta de Historia y Numismática Americana y desde 1938 Academia Nacional de la Historia, denominación con la que ha llegado a nuestros días, institución a la cual me honro en pertenecer.

La obra del académico José Eduardo de Cara *Mitre en la medalla*, evidencia la importancia que se dio a la figura de Mitre en la acuñación de medallas. En especial, resalta la medalla-retrato debida al escultor argentino Rogelio Yrurtia, que muestra en su anverso el considerado retrato mejor logrado del prócer y en su reverso la simbólica figura del sembrador. También anota el académico de Cara “Las colecciones y los estudios numismáticos en la Argentina, tienen honda raigambre histórica y su máximo exponente fue el general Mitre”.

Al tratar sobre el *Monetario Americano* de Alejandro Rosa, manifestó “como es de notoriedad, se cuentan varios monetarios americanos en Buenos Aires, siendo los más notables el del finado Lamas, Mariano Moreno, Manuel R. Trelles, Ángel J. Carranza, Enrique Peña, Guerrico, López, Mantilla y Juan Cruz Varela, además de los que existen en el museo público y en la universidad; lo que podemos llamar la literatura numismática sudamericana y especialmente la argentina, puede formar ya una pequeña biblioteca, que nos coloca en este punto a vanguardia de la América del Sud: después de la publicación de la colección de Angelis han aparecido los catálogos del museo y del monetario Guerrico, redactados por Trelles, quien fue el primero que trajo las noticias descriptivas al método científico; y posteriormente Prado y Rojas, Carranza, Mantilla, Lamas y el mismo Rosa, han enriquecido esta literatura”.

Monedas y medallas fueron para Mitre motivo de solaz estético. Cuenta Ernesto Quesada haberlo visto catalogando medallas en la colección de Enrique Peña, durante las reuniones mantenidas en casa de éste. Horas pasó clasificando las piezas reunidas, conservadas celosamente. Auspició la acuñación de medallas conmemorativas y él mismo fue motivo de la acuñación de medallas en su homenaje, tanto en vida como luego de su muerte.

Su afición por los estudios numismáticos lo llevó a escribir obras como *Monetario argentino-americano; Medallas de Vernon*, impreso en Buenos Aires por su amigo Juan Canter en octubre de 1904, obra en 4º mayor de sesenta y tres páginas, ilustrada con setenta y tres medallas de su colección, sobre el ataque de la flota británica del jefe naval almirante sir Edward Vernon a puertos americanos en el lapso 1739-1741. En su conocida polémica sostenida con Vicente Fidel López expresa “Aquí vuelven a hablar los documentos metálicos ilustrados por los documentos escritos en papel”. (Obras completas de Bartolomé Mitre, t. 10, 1, p. 209. Buenos Aires, 1942). Respondió a López con su *Lección de Numismática*,

estudio meduloso sobre las medallas de juras y proclamaciones reales de los monarcas españoles en América y especialmente las referidas a la gobernación y virreinato del Río de la Plata.

Comprobaciones históricas, que incluye un capítulo titulado *Una lección de numismática*, el que versa sobre Documentos metálicos; *Monetarios americanos*; *Medallas de juras en América*; *Primera medalla acuñada en Buenos Aires*.

Colección de leyes y decretos sobre condecoraciones, medallas y monedas de la América del sud, 1891; el mismo año *Monedas y medallas hispano americanas. Monetario americano ilustrado y clasificado por su propietario*, 1892; Junto con Alejandro Rosa, *Estudios numismáticos; aclamaciones de los monarcas católicos en el nuevo mundo*, 1895. *Lenguas americanas; el mije y el zoque*, dos obras aparecidas en un volumen, Imprenta de la Nación, 1895. Todas estas obras sobre lingüística y medallística, se han convertido en rarezas bibliográficas.

Según anota Quesada en su *Los numismáticos argentinos*, Mitre le manifestó a Alejandro Rosa que “creía era necesario que la Junta diera señales de vida, haciendo algo práctico y de utilidad, y no limitarse a hacer acuñar medallas”. Esto dio lugar a encargar a los miembros de la Junta, la preparación de “trabajos histórico-numismáticos”. Es evidente que Mitre - sin despreciar la acuñación de medallas- aspiraba a que los miembros de la Junta investigaran y publicaran trabajos como los que él elaboraba.

El 15 de enero de 1863 en carta a su amigo Andrés Lamas, le anuncia el envío de tres medallas “que le será agradable tener y que completarán su colección”, mencionando la rotura del cuño de una que mostraba a Bernardino Rivadavia.

Además de coleccionista fue un estudioso de la Heráldica, la Numismática y la Medallística. En la actualidad se separa ambas especialidades, que en los años del general estaban involucradas bajo el término Numismática. Juntó pacientemente, con la dedicación de un arqueólogo, pieza por pieza hasta formar la notable colección que se conserva en el museo de su nombre, con 2.348 piezas metálicas argentinas y americanas, medallas que clasificó y estudió como documentos testimoniales de diversos acontecimientos históricos, sobre su mesa de trabajo en el primer piso de la casona de la calle San Martín. Compras y canjes con colegas de Europa y América, aumentaron la colección con nuevas piezas y variantes de módulos y pátinas. Un nuevo *Catálogo* compilado por la Jefe del Departamento Documentación de Colecciones,

señora María Ethelvina Oropesa, ha sido editado en dos tomos por el Museo Mitre en 1995.

Mitre valoró esta ciencia como auxiliar de la Historia e impulsó su estudio. Fue realmente un precursor de los estudios numismáticos en nuestro país. Al redactar en 1856 el reglamento del Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata, propugna la formación de colecciones de monedas y de medallas conmemorativas. Las monedas y las medallas fueron para él verdaderos documentos, fuentes metálicas del pasado que mostraban episodios no aparecidos en los papeles. Al fundarse el 16 de junio de 1872, en el salón de grados de la Universidad, el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, Mitre por aclamación fue designado Vicepresidente Honorario.

Mencionaré algunos acontecimientos que evidencian su estimación por la numismática. El 16 de agosto de 1857, el Gobierno le demuestra su agradecimiento por haber intervenido en la tasación de la colección de D. Antonio Pillado. En las exequias fúnebres del General Juan Galo de Lavalle, el 20 de enero de 1861, en su carácter de Gobernador pronuncia una oración y deposita una medalla conmemorativa en la urna que conserva los restos del glorioso guerrero en el Cementerio de la Recoleta. El 20 de mayo de 1870, integra la comisión conformada para estudiar la adquisición del monetario de Juan Cruz Varela. Por último, recuerdo que el 20 de mayo de 1880, pronuncia un discurso en la Plaza de la Victoria, al presentar la medalla conmemorativa del Centenario de Bernardino Rivadavia.

El léxico heráldico, numismático y medallístico

El original manuscrito se conserva en el Archivo del Museo Mitre, con la signatura *Documentos de Mitre, Proyecto de diccionario numismático*.

Se trata de un léxico heráldico aplicable a la Numismática y a la Medallística, el que vemos con su apretada caligrafía sobre las páginas amarillentas del cuaderno. Esto se puede apreciar en los términos medalla, campo de la medalla, medallón; grabado en hueco; signo de acuñación; Orden del Espíritu Santo; columnas; módulo; ceca; gráfila; cordoncillo; plata fundida y plata piña. En algunos casos menciona dibujos, probablemente con la intención de ilustrar el trabajo y publicarlo.

Es el fruto de un estudio serio, al que seguramente haría correcciones y agregados. De haberlo terminado, con certeza habría tenido por destino las prensas de la Imprenta y Librería de Mayo de su amigo Carlos Casavalle, siendo el primero en nuestro medio, de gran utilidad para estudiosos y coleccionistas. Sin duda hoy sería una rara pieza bibliográfica. Don Samuel A. Lafone Quevedo en un artículo aparecido el 27 de enero de 1906 en la revista Caras y Caretas, expresa refiriéndose al archivo personal de Mitre “Algún día se publicará ese rico caudal de anotaciones que yacen inéditas en esa biblioteca”. Este léxico forma parte de ese caudal inédito al que se refirió Lafone Quevedo.

Su inquietud permanente por la investigación y el estudio de sus medallas, lo llevó a conformar el léxico que doy a conocer, fiel expresión de la seriedad con que preparaba sus trabajos, léxico que por motivos que ignoro quedó inconcluso.

Respetando el texto original he corregido el orden alfabético, la acentuación, la puntuación y la ortografía. Se unieron las voces de igual significado y se eliminaron las repetidas. He completado entre corchetes, términos de Heráldica, Numismática y Medallística.

Han sido de valor las oportunas observaciones que me hiciera D. Luis McGarrell, heraldista de reconocida trayectoria en nuestro medio y en el extranjero, como estudioso de la Heráldica y como artista heráldico, a quien agradezco su colaboración.

La Heráldica es una disciplina a menudo injustamente ignorada, dado que mucho de lo que se ha escrito sobre ella, no merece consideración científica alguna. Se encuentra impregnada de prejuicios y falsas interpretaciones.

El uso de emblemas heráldicos constituyó un hecho humano y por ende histórico, de notables características.

Es un sistema emblemático nacido en la Europa del segundo tercio del siglo XII, que continúa vigente a través de ocho siglos.

Adquiere su importancia básicamente en la amplitud de los ámbitos temporal, geográfico y social que abarca. La intensidad que alcanzó su uso, fue en ocasiones abrumadora.

Los emblemas heráldicos son en esencia, signos, cuya finalidad y razón de existir es la de ser mostrados en imágenes plásticas.

La representación de los emblemas heráldicos, actúa como mediador entre el poseedor y el receptor de las imágenes exhibidas, realidad que seguramente comprendió Bartolomé Mitre y lo impulsó a emprender la compilación de este léxico.

Ejemplo de lo generalizado de este fenómeno, fue la atribución de armas imaginarias a personajes de la antigüedad o de la ficción literaria, principalmente en el área anglo-francesa desde fines del siglo XII al XIV. Testimonio de ello, entre otros, son las novelas del Ciclo Artúrico.

Los emblemas heráldicos, como documentos históricos nos llevan a descubrir el conocimiento y la interpretación decimonónica que hacía Mitre de esta materia y nos dan una clave para acercarnos al uso que le daba la sociedad a la cual él pertenecía.

Estas orientaciones perdurarán durante mucho tiempo, influenciando al autor de este léxico. Mitre seguramente abrevó en obras dedicadas a la Heráldica con textos normativos, basados en abstracciones teóricas con olvido de la realidad pasada y presente. Esta visión fue denominada modernamente “heráldica libresca” o “erudita”, muy alejada del verdadero sentido que tenía.

Leeré sólo ocho ejemplos tomados de este léxico, para no abusar de la paciencia de ustedes.

águila.

De frente, volando, cabeza izquierda, derecha, que muestra el pecho cargado con escudo, muerta. [Su posición regular es de frente, con las alas extendidas y levantadas, una o dos cabezas, coronada y la cola semi esparcida. En el caso de mostrar una cabeza, ésta debe mirar a la diestra. Puede llevar cargada sobre el pecho otra pieza. **Ensangrentada.** Cuando se la dibuja herida y mostrando sangre. **Explayada.** Cuando se la representa con dos cabezas. Igual que *employada*. **Grilletada.** Cuando lleva cascabeles en las patas. **Naciente.** Cuando su cabeza, cuello y

patas aparecen saliendo de otra pieza. **Pasmada**. Cuando tiene las alas bajas].

arcos.

De círculos concéntricos. Cordoncillo entre líneas y cordoncillo de puntos. Y cordoncillo de círculos y rectángulos. De picos y un ancho borde de cuñas. De puntos en ambas caras funiculares. De línea y cordoncillo de curvas o de estrellas. De hojas dos gráficas de adornos. Y cordoncillo de líneas oblicuas. De hojas de laurel, sin cordoncillo de líneas.

campo.

Parte central de la medalla, en la que se graban figuras, leyendas, etc.

cordoncillo.

De curvas enlazadas, de círculos, sobre puente.

gallardete.

Timbrado. [Tira larga y delgada, terminada en punta y generalmente en forma triangular. **Gallardetón**. El gallardete rematado en dos puntas].

letra.

Cursiva, inglesa, española, romana, microscópica. Sacadas a buril, gótica, de adorno.

medalla.

Ochavada, oval. Campo de la medalla. [Se representa ovalada y con anilla en su parte superior.

puerta.

Abiertas-cerradas. [Sus esmaltes se ajustan a los de la figura. **Puerta de muralla**. Se representa entre dos torres. **Rastrillada**. La segunda puerta en los

castillos, con forma de reja y con puntas de hierro por lo bajo].

Señoras, Señores Académicos, este es en muy apretada síntesis el léxico que Mitre dejó inconcluso, el que debidamente ordenado podrá ser publicado.